

# SILVIO (Y LOS OTROS)

(Loro)

DIR. PAOLO SORRENTINO



## SINOPSIS

Silvio Berlusconi (Toni Servillo) se encuentra en el momento más complicado de su carrera política, recién salido del gobierno y con las acusaciones de corrupción y de sus conexiones con la mafia a punto de llegar a los juzgados. Sergio Morra (Riccardo Scamarcio) es un atractivo hombre hecho a sí mismo que sueña con dar el salto de sus cuestionables negocios de provincia a escala internacional. El camino más rápido para conseguirlo es acercarse a Silvio, el hombre más poderoso de Italia. Para Sergio solo hay una manera de llamar la atención de Il Cavaliere: las fiestas, las velinas, las extravagancias y el exceso.

## FICHA ARTÍSTICA

Silvio Berlusconi .....	TONI SERVILLO
Veronica Lario .....	ELENA SOFIA RICCI
Sergio Morra .....	RICCARDO SCAMARCIO
Kira .....	KASIA SMUTNIAK
Tamara .....	EURIDICE AXEN
Santino Recchia .....	FABRIZIO BENTIVOGLIO

## FICHA TÉCNICA

Dirección .....	PAOLO SORRENTINO	Distribuidora .....	DeaPlaneta
Guión .....	PAOLO SORRENTINO	Género .....	Biografía/drama
.....	UMBERTO CONTARELLO	Aspect ratio .....	2.35 : 1
Producción .....	CARLOTTA CALORI,	Idiomas .....	Italiano con subt. en español
.....	FRANCESCA CIMA	Duración .....	158 min
Dirección de arte .....	CRISTINA MARAZZI	Nacionalidad .....	Italia/Francia
Montaje .....	CRISTIANO TRAVAGLIOLI	Año de producción .....	2018

## SOBRE LA PELÍCULA

La 19ª edición del DRAE de 1970 definía el término esperpento como el «género literario en el que se deforma sistemáticamente la realidad, recargando sus rasgos grotescos y absurdos, a la vez que se degradan los valores literarios consagrados; para ello se dignifica artísticamente un lenguaje coloquial y desgarrado, en el que abundan expresiones cínicas y jergales». A priori, Loro –Silvio (y los otros) en España–, el último relato alucinado de Sorrentino, podría contener todos y cada uno de los elementos de esta definición si cambiamos, como es lógico y <mutatis mutandi>, literario por cinematográfico: en dicho relato presumiblemente se deforma sistemáticamente la realidad recargando sus rasgos grotescos y absurdos, se degradan los valores cinematográficos consagrados, se dignifica artísticamente un lenguaje coloquial y desgarrado, y en él abundan expresiones cínicas y jergales. Todo esto podría ser así si no fuera

porque del personaje retratado es imposible hacer una sátira. Podría parecer una burla con ánimo crítico, un esperpento, pero no lo es; resulta que ni siquiera se lo propone.

Silvio no se deja atrapar, impone su simulacro, su verdad mentirosa, su líquida posverdad. Quien pretenda retratarlo acabará siendo víctima de un modo u otro de su puesta en escena, de su caleidoscópica representación cambiante a su antojo en la que no le importa hacer el ridículo (siempre a los ojos de los otros) y en la que es imposible ofenderle porque verdaderamente lo que opinen los demás nada le importa: la inmediatez de sus impulsos es lo único que prevalece. Se mueve el ex <Cavaliere> como pez en el agua en la virtualidad actual de esos negocios, finanzas, medios y política, que, como él, y en palabras de Baudrillard, son ya hoy por hoy sistemas inasibles y que maneja casi también

virtualmente desde su edén sardo. Y el retrato de Sorrentino, interpretado por un genial Toni Servillo, no es sino otro reflejo más del juego de pantallas espejo en el que cuando parece que vislumbramos al auténtico Berlusconi más allá del personaje se vuelve a deformar una y otra vez, una y otra vez, dejándonos siempre con la misma sensación de que jamás podremos conocerlo verdaderamente más allá de esa fábula impostada, de esa continua peripecia hiperreal casi circense. El director lo tiene claro y él mismo declara que su película «no es un ataque a Berlusconi». Consciente en todo momento de la naturaleza del objeto representado afirma: «No es un film ideológico. No tenía sentido hacerlo».



Berlusconi fue, en medio de la voracidad desesperada y chanchullera de una Italia a la deriva y absolutamente corrupta, el ídolo de esa masa de zombis hambrientos, un superhombre que ejerció sin contemplaciones su voluntad de poder, y hay en ello realmente una vitalidad furiosa y desmedida, aunque esa vitalidad vaya en contra

de todo principio ético.

Nadie, por otra parte, tan apropiado como el a veces frívolo y siempre esteta director napolitano para reflejar esa no-realidad intangible tan posmoderna y ese mundo tan barroco y tan pop, trepidante y fastuoso, tan grandioso y tan hortera, tan lleno y tan vacío al mismo tiempo, tan de videoclip, de anuncio publicitario de Dolce&Gabbana, de programa de Mediaset. Sorrentino parece recrearse en un derroche desenfundado de medios, de localizaciones insólitas, de personajes extremos.

En declaraciones a la prensa defendió su acercamiento al empresario y político italiano como una aproximación a sus sentimientos, «desprejuiciado y articulado a través de la ternura». De hecho, nos da la sensación todo el tiempo de que Berlusconi es como un niño. Todos los personajes (Loro, los otros) son en realidad como niños desesperados deseando formar parte de algo, deseando poder conectar con algo, llenarse de algo. Todos esos seres decrepitos tan "sorrentinianos" drogados hasta las cejas bailando al son de una trepidante música electrónica son cadáveres exquisitos de eternos «teenagers» que nunca crecerán, incapaces de asumir las demandas de una vida adulta y responsable, perdidos en el laberinto de su dolor de criaturas heridas, tratando desesperadamente de ser reconocidos, de sentir cosas, de sentirse vivos. Pero sólo Lui (Él) lo consigue, sólo él, movido por una fiebre imperial desmedida cual Tiberio, Calígula o Nerón contemporáneo, tiene todo el poder, la fama, el dinero en cantidad desmedida; sólo él se puede permitir tener un tióvivo en su jardín, y la réplica de un volcán que estalla en fuegos artificiales a golpe de mando a distancia. Queda patente su superioridad cuando le espeta a su proxeneta particular: «Ah, y no quiero drogas en mi casa, nada de drogas, no las soporto». Lui no las necesita.

El propio Sorrentino califica el escenario en el que transcurren los acontecimientos como «amoral, decadente, pero extraordinariamente vital».

Lo que el director planteó en su país como un díptico compuesto por dos películas diferentes: Loro I y Loro II, estrenadas con apenas unas semanas de diferencia, se convierte para la distribución internacional en un sólo largo de 150 minutos. Ignoramos cómo funcionan las dos partes por separado pero en efecto en la versión única es evidente el salto entre ambas. Hay una primera mitad en la línea de La Gran Belleza pero si cabe más eléctrica, de relato deslavazado, hecha como de pequeños fragmentos sin demasiada articulación entre sí, de narrativa dispersa y sensacionalista, casi pornográfica. Es en la que durante algo más de una hora Silvio se hace esperar y acompañamos en su búsqueda, en su ansioso deseo de llegar a él, a Sergio Morra (Riccardo Scamarcio), proveedor de prostitutas de lujo inspirado en el empresario del entorno de Berlusconi, Gianpaolo Tarantini, encarcelado en la vida real por tráfico de cocaína. En la segunda parte, el ritmo se sosiega y el relato gana peso, como queriendo profundizar centrándose en el personaje. Y cuando parece que lo tiene contra las cuerdas y por fin vamos a verlo caer, en ese momento que relata el film en el que parece que se le resiste su vuelta al gobierno (además de alguna veinteañera con más cerebro que silicona) y se le complican los procesos judiciales y a través del personaje contrapunto de su esposa parece que no va a poder evitar confrontar sus pecados y sus debilidades (las que ella cree ver), el gran Silvio se revuelve evitando su desnudo, riéndose de sí mismo en su propio reality y recordándonos que todo en él es impostado, que no hay tales quiebres, que la vida hay que vivirla y es un espectáculo. Que no hay persona detrás del personaje, o más bien, que en este caso persona y personaje no se diferencian.

En sus notas el laureado realizador recurre a una frase de Hemingway para describirlo: «No hay nadie que viva su vida hasta el fondo, excepto los toreros». «Quizá», sugiere, «la imagen más verosímil que se pueda tener de Berlusconi sea esa, la de un torero». El regidor napolitano resucita así al ex mandatario, casi retirado de la escena pública en la vida real, y le devuelve al ruedo, un protagonismo que por naturaleza le corresponde.

CINE MALDITO, Melania Domínguez Benítez

## MARTES CULTURAL

TU CITA SEMANAL CON EL ARTE EN EL CINE

A LAS 11:30H Y A LAS 18:15H